

El escándalo espectacular

JORGE BRAVO

Nadie está exento de decir necedades;
el mal consiste en decirlas con pompa.
Montaigne

El gobierno de Vicente Fox será recordado por 1) su ineficacia política y 2) por haber protagonizado el sexenio del escándalo. Lo primero es consecuencia del prolongado autoritarismo: a la suprema trinidad Presidente-PRI-Gobierno no le convenía profesionalizar a los cuadros políticos de la oposición que actualmente ocupan los principales cargos públicos. Lo segundo es un defecto de las democracias incipientes, en las cuales las instituciones no logran o bien han dejado de cumplir con sus funciones y otras más, como los medios de comunicación, adquieren una mayor preeminencia.

Basta retroceder en el tiempo para recordar un spot televisivo del PAN durante la campaña electoral del 2000, en el cual se exhibe a Francisco Labastida cargando a un correligionario en un acto de campaña: desde entonces se le conoció al candidato del PRI como Labastida, y después se le dijo mañoso, mandilón, mariquita y otros epítetos. Fox también escandalizó a los legisladores el mismo día que tomó posesión como Presidente de la República, cuando rompió el protocolo y en vez de dirigirse al “Honorable Congreso de la Unión” saludó a sus hijos. ¿Premonitorio? Sin duda.

Los escándalos políticos no son exclusivos de las democracias; también ocurren en los regímenes autoritarios. Sin embargo, en estos últimos cumplen una función más bien legitimadora de la élite encumbrada en el poder y del gobierno en turno. Con el PRI se hizo cos-

tumbre elegir a un conejillo de Indias que pagara en su persona prácticamente todos los actos de corrupción e irregularidades de la administración precedente. Fueron los casos de Jorge Díaz Serrano, Arturo el Negro Durazo, Joaquín Hernández la Quina, Raúl Salinas. El castigo a funcionarios corruptos fue un ritual hábilmente inventado por el régimen priista: funcional para difundir la “renovación moral” de los gobiernos, pero sin necesidad de reformar en lo sustancial las estructuras de poder imperantes. En el autoritarismo el escándalo político es un arma de uso exclusivo de quienes ostentan el poder. Pero además, como la lucha por el poder político se libraba en el seno y en la cúspide del partido preponderante, los escándalos alcanzaban límites muy precisos y no se permitía su desbordamiento, es decir: no eran espectaculares.

En la democracia ocurre todo lo contrario. La diferencia radica en la dimensión de visualización y en la espectacularización de los escándalos. El sistema de partidos, la competencia electoral, la reputación de las figuras públicas, la confrontación y la búsqueda de los puntos débiles de los contrincantes, así como el mayor grado de autonomía de las instituciones mediáticas, son el campo propicio y natural para la proliferación de escándalos. Cualquiera puede ser víctima de ellos. Para que se desate un escándalo debe existir algún tipo de transgresión a las normas establecidas, ponerse en conocimiento de terceros a través de los medios de comunicación masiva y resultar suficientemente grave como para provocar una reacción pública.

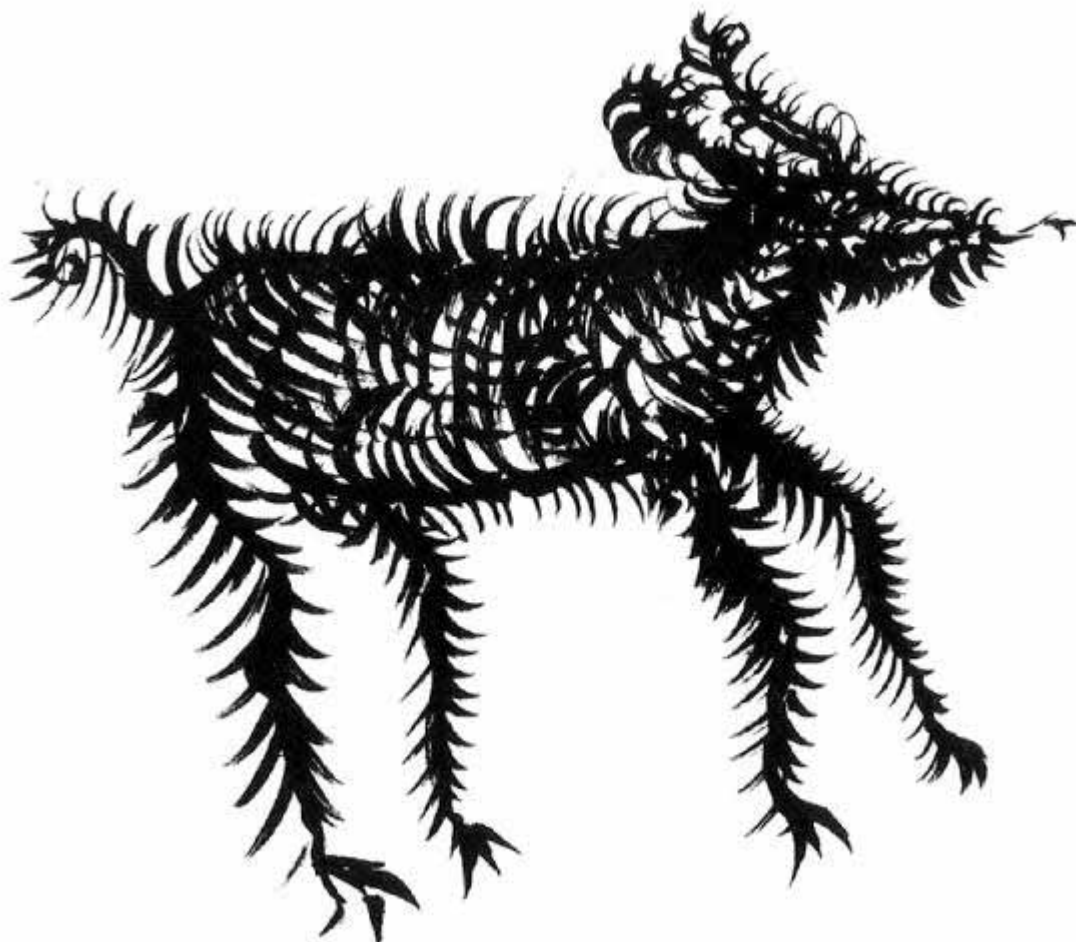
La mediatización de conductas o acciones ilegales e ignominiosas es fundamental. Es en este proceso del escándalo cuando entran en acción los medios de comunicación, cuya función consiste –dentro del río revuelto– en enmarcar los acontecimientos, concentrar la atención sobre un individuo e impedir que la atención disminuya; porque los escándalos no sólo suceden, son traídos al mundo y/o alimentados por los mass

media, están encuadrados en contextos específicos; mediante ellos se disputan los recursos simbólicos (prestigio, reputación, confianza) del poder y se canalizan objetivos políticos “vinculados a la utilización de formas mediatas de comunicación”. A su vez los mass media alcanzan enormes beneficios económicos, credibilidad y legitimidad en un mundo donde la información y el mercado de las noticias es cada vez más competitivo.

Existen analistas quienes consideran a los escándalos fenómenos frívolos que sólo trivializan el debate político y distraen la atención respecto de los temas fundamentales de la sociedad. Personalmente soy partidario de que ocurran escándalos políticos y no comparto los puntos de vista anteriores en términos absolutos; es preferible la socialización de las actividades ilícitas y de sus protagonistas que su ocultamiento por razones de estética política.

El aspecto criticable de los escándalos consiste en la forma y los conductos como se dan a conocer a la colectividad. En México no son el resultado de investigaciones periodísticas sino de filtraciones a medios de comunicación y líderes de opinión idóneos, lo cual habla –en última instancia– de complicidades y relaciones simbióticas con el poder. Pero en todo caso ningún medio de comunicación puede evitar socializar dicha información, independientemente de las intenciones políticas de quienes proveen la información. De ahí que la aparición de un escándalo produzca una máquina imparable.

La proliferación de escándalos políticos, estrechamente vinculada a las redes de interés mercantil de los medios de comunicación masiva y su difusión a través de ellos, en especial la radio y aún más la televisión e incluso la internet, es un mecanismo de contención a las ambiciones de los dirigentes políticos. Los videoes-



Horacio López

cándalos de los últimos meses son una llamada de atención insoslayable. La élite en el poder debe estar consciente y no escatimar precauciones ante la enorme capacidad de los gobiernos para desplegar aquello que el teórico de la guerra Sun Tzu denominó “la Divina Madeja”: agentes secretos, espionaje, sistemas de inteligencia y la más alta tecnología al servicio de la contienda descarnada por el poder para desacreditar a los adversarios.

El verdadero problema de los escándalos consiste en la transferencia paulatina (aunque no irreversible) de poder a las instituciones mediáticas, en su fortalecimiento a costa de los poderes legítimamente constituidos. Así como en la enajenación y espectacularización de la cultura política. René Bejarano transformó el escándalo político en escándalo espectacular. Los proveedores de este último –el Presidente, el Congreso, los partidos, a través de los mass media– están decididamente inclinados al show business, al negocio del espectáculo. La política como el arte de lo posible (Max Weber) queda acotada porque el escándalo espectacular está absolutamente desprovisto de todo poder transformador, porque “el espectáculo –asegura Guy Debord– no conduce a ninguna parte sino a sí mismo”. Para que exista el espectáculo hace falta el circo y los espectadores, pero sobre todo es indispensable el equilibrista. Se trata de un fenómeno absolutamente visual y mediatizado: hipnotizador.

El vía crucis de René Bejarano inició el 3 de marzo de 2004 cuando Televisa le tendió una celada y Brozo lo exhibió públicamente. Ocho meses después, el 5 de noviembre, fuimos testigos del juicio para retirarle el “fuero”. El espectáculo en su máxima expresión: Bejarano vestido de oprobio, ignominia, ridículo y cinismo descarnados. En otros tiempos se emulaba a Leónidas o se negociaban condiciones; el señor de las ligas prefirió la autoalienación con barra libre y “hora feliz” en las cantinas que transmitieron por televisión el desafuero. Bejarano se defiende en tribuna; poeta tras-

nochado en los límites de la cursilería; grotesco gesticula sin sentido, mueve las manos sin expresar absolutamente nada sino desesperación, patadas de ahogado; su comunicación no verbal lo delata. En caso de ocurrir, el posible triunfo del PRD en el 2006 presagia vendettas en contra de la alianza PRI-AN y “purgas” en el seno del partido del sol azteca. Como la violencia, los escándalos también desatan más y más escándalos. Si el PAN cree que no habrá rencor ni venganzas está muy equivocado.

Como en tiempos de la Revolución Francesa, cuando el pueblo acudía a las ejecuciones públicas y contemplaba extasiado la caída de la guillotina y de las cabezas; asimismo contemplamos el proceso de desafuero en la Cámara de Diputados. Acierta Bejarano: fue sometido a un linchamiento y a un juicio mediático, vergonzante; pero propiciado y aceptado por él mismo. “El tribunal no es algo así como la expresión natural de la justicia popular –explica Michel Foucault–, sino que más bien tiene por función histórica recuperarla, dominarla, yugularla, inscribiéndola en el interior de instituciones características del aparato del Estado.” Justicia popular o no, el pueblo clamó venganza y obtuvo una satisfacción efímera, porque en el escándalo espectacular no pasa nada. “La alienación del espectador a favor del objeto contemplado (...) se expresa de este modo: cuanto más contempla, menos ve; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad, menos comprende su propia existencia y su propio deseo.” (Debord).

Pero durante la Revolución Francesa mientras caía la guillotina rodaba la monarquía. Con el desafuero de Bejarano no se derrumban los partidos ni los líderes políticos; sus privilegios y prebendas permanecen incólumes en la cultura de la impunidad. La única esperanza consiste en el voto de castigo por parte de los ciudadanos. ¿Y los medios de comunicación? Muy bien, gracias: disfrutando su propio fuero y gozando de plena salud.

En realidad el escándalo espectacular protagonizado por René Bejarano se parece a una escena de la nove-

la Therese Raquin de Emilio Zola. En la morgue parisina se acostumbraba exhibir los cadáveres para que fueran reclamados por los deudos. Por mero esparcimiento y morbo acudía el populacho para ser testigo de un espectáculo macabro. Los difuntos permanecían como maniqués detrás de un escaparate hasta que alguien los reconocía y entonces eran retirados y sustituidos por otros. Las autoridades de París decidieron erradicar salomónicamente la costumbre de exhibir los muertos. El pueblo, enfadado, dejó de visitar la morgue y buscó otro tipo de entretenimiento.

Durante el gobierno foxista los escándalos se suceden uno tras otro. Se despliegan en esas enormes vitrinas llamadas medios de comunicación masiva. La sociedad es testigo de los nuevos especímenes según aparecen en la televisión. La élite en el poder es el maniquí y el tipo de escándalo su indumentaria. Como si se tratara

de una instalación de arte, de un ready-made al estilo Marcel Duchamp o aun mejor del videoartista Nam June Paik, la televisión con el busto parlante de René Bejarano es colocada en los escaparates mediáticos para que el público acuda a divertirse; como si fuera un performance: representación e improvisación minimalista donde intervienen recursos como el teatro y el video a manera de collage ante un público pasivo.

La sabiduría del gobierno de Vicente Fox consistiría en devolverle a la política su razón de ser y reemprender la misión para la cual fue elegido: consolidar la transición democrática. De lo contrario, como profetiza Guy Debord, "toda obra que fracasa en la práctica está condenada a convertirse en espectáculo". Y parece que a Vicente Fox esto último le atrae mucho más. ■

beltmondi@yahoo.com.mx

BAILARINES MEXICANOS JÓVENES PROMESAS DE LA DANZA MUNDIAL

Contigo es posible

Isaac Hernández
medalla de oro en el *Youth American Grand Prix 2004*

ORGULLO DE MÉXICO

Mara Thompson continuará su preparación en la *Royal Winnipeg Ballet School* con apoyo del *Youth American Grand Prix*

Una nueva generación en la danza internacional

BECARIOS DEL
CONACULTA · FONCA